

SANTOS JULIÁ

Hoy no es ayer: ensayos sobre la España del siglo XX
 Barcelona, RBA, 2010, 375 pp.
 ISBN: 978-84-9867-783-6

La obra historiográfica de Santos Juliá, que representa una sustancial aportación al conocimiento de nuestro pasado reciente, se caracteriza por dos rasgos muy particulares. En primer lugar, por una calidad en la escritura que, seamos sinceros, no resulta nada frecuente en nuestro gremio, y en segundo lugar, por la elaboración de un relato coherente en el que los distintos elementos de la historia española del siglo XX se integran en una visión de conjunto. Se puede discutir si ese relato es más o menos adecuado para integrar los aspectos más importantes de nuestra historia, pues no creo que hoy nadie piense que sobre la base de los datos objetivos proporcionados por la documentación sólo se pueda construir un único relato, pero es difícil negar que el esfuerzo de interpretación global realizado por Juliá destaca en un panorama dominado en exceso por los estudios monográficos. Y es esa visión global la que da valor a la recopilación de trece ensayos y artículos, escritos entre 1996 y 2009, que Juliá ha publicado con el sugestivo y un tanto intrigante título de *Hoy no es ayer*.

Hoy no es ayer, es decir, que el presente no está determinado por el pasado ni nunca lo ha estado, no hay un determinismo histórico. La experiencia democrática iniciada en 1931 no estaba condenada al fracaso por el atraso de la sociedad española, ni la iniciada en 1977 tenía asegurado el éxito por el desarrollo económico de los sesenta. Hay circunstancias más o menos favorables para determinados proyectos, pero ello no implica que su resultado esté previsto de antemano. Hubo muchos pasados posibles y en uno de sus ensayos Juliá plantea algunos de ellos, en un ejercicio de historia contrafactual necesariamente hipotético pero no por ello menos sugestivo. Pero el hoy tampoco debe ser confundido con el ayer en otro sentido al que Juliá ha prestado mucha atención, sin rehuir la polémica, al condenar como contrario al espíritu de la investigación histórica todo intento de imponer una determinada visión de la historia mediante la evocación de una supuesta memoria histórica colectiva. La memoria genuina es individual y no se remonta mucho en el tiempo, mientras que la supuesta memoria histórica es una construcción intelectual en la que conviene distinguir si el objetivo es conocer el ayer o más bien

subordinarlo al hoy, es decir elaborar un relato más o menos mitológico que resulte útil para determinar el proyecto político.

Para el lector con sensibilidad histórica, el hecho de que los artículos y ensayos de este libro hayan sido escritos a lo largo de más de una década presenta el aliciente de que no sólo es posible percibir la modificación del ambiente intelectual en el que se ha movido la historiografía española, desde el culto a la objetividad y el optimismo histórico (insólito éste en nuestro país) de los años noventa, hasta las más recientes polémicas ideológicas. Estas fueron promovidas primero por los llamados historiadores revisionistas de la derecha (alguno de los cuales no era ni verdadero historiador, por falta de rigor, ni verdadero revisionista, por falta de ideas nuevas, aunque nada podía objetarse a su entusiasmo derechista, a veces fruto de una conversión tardía), y más tarde por los defensores de la memoria histórica (alguno de los cuales muestra tanta facilidad para encontrar demócratas en la izquierda de los años treinta como para encontrar insuficiencias a la democracia fundada en los setenta). La ironía de Santos Juliá, que tan bien conocen los lectores de sus columnas en *El País*, suave en superficie pero ácida en el fondo, tiene ocasión de ejercitarse en la polémica con alguno de los exponentes de estas escuelas.

Pero comencemos por el principio, es decir por la visión optimista de los años noventa, en los que la investigación histórica comenzaba a demoler los mitos acerca de la sucesión de fracasos que supuestamente habrían caracterizado nuestro pasado: a partir de que una dinastía extranjera torció nuestro destino en el siglo XVI, según los liberales románticos; desde que el espíritu de la Ilustración, precursor de todos los errores sucesivos, penetró en nuestro suelo en el siglo XVIII, según los católicos tradicionalistas; desde no se sabe cuando, pero desde hace muchísimo, según los espíritus más pesimistas de la generación del 98; o debido al fracaso de la revolución burguesa y/o industrial, según los historiadores más novedosos de hace cuarenta años. Ese es el tema del ensayo con el que se abre el libro, «Anomalía, dolor y fracaso de España», publicado por primera vez en 1996. Por entonces los historiadores de la economía española ya no se referían al «fracaso de la revolución industrial» ni a la «modernización frustrada», sino a la «modernización económica» y al «desarrollo de España». En particular, y ello es fundamental para la interpretación

de Juliá acerca del siglo XX español, las tres primeras décadas del mismo experimentaron un importante crecimiento agrario, industrial, urbano y cultural. Ni la República se proclamó en una España estancada, ni el desarrollo de los años cincuenta y sesenta carecía de precedentes. Hubo, sí, un corte brutal en nuestra historia a partir de 1936, cuyo impacto económico costó casi veinte años recuperar, mientras que el político se prolongaría durante cuarenta.

¿Qué habría ocurrido sin ese corte de 1936? Ese es el tema que Juliá aborda en su ensayo «España sin guerra civil», publicado originalmente en 1999. Su tesis principal es que España ha pagado caro haber perdido dos oportunidades de democratización, y, por tanto, de modernización, la primera con el golpe de Primo de Rivera en 1923, y la segunda con la Guerra Civil. Sin el golpe de Estado de 1923, España podría haber seguido un camino «británico», con una progresiva democratización en el marco de la monarquía y un importante papel de los socialistas, que, de hecho, mostraron en los años de la dictadura de Primo un notable interés por la experiencia del laborismo británico. Y sin el alzamiento militar de 1936 podría haber seguido un camino francés. Según Juliá, habría sido improbable que se produjera una revolución izquierdista, y en cambio podría haberse producido un reforzamiento del gobierno mediante la entrada del sector socialista que encabezaba Indalecio Prieto, que habría podido restablecer el orden público y canalizar las reivindicaciones obreras por vías compatibles con el sistema democrático, como lo hizo el Frente Popular francés. En ambos casos, España se habría ahorrado los horrores de la guerra civil y la brusca interrupción de ese desarrollo económico y cultural del primer tercio de siglo al que ya hemos aludido. Se trata de una especulación inteligente y plausible, que contribuye a combatir la cerrazón mental que se deriva de la aceptación de falsos determinismos y a recordar que, en determinadas circunstancias, ciertas decisiones colectivas de un momento histórico pueden condicionar un futuro de décadas.

Creo, sin embargo, que este ensayo de Juliá podría haber explorado otras posibilidades contrafactuales igualmente plausibles aunque más alejadas de la corrección política socialdemócrata. ¿Qué hubiera ocurrido, por ejemplo, si el partido socialista no se hubiera alzado en armas en octubre de 1934? ¿Hubieran podido los conspiradores de 1936 movilizar

a tantos militares sin ese precedente? ¿Qué hubiera ocurrido si la CEDA hubiera ganado las elecciones de febrero? Posiblemente que la CEDA hubiera reformado la Constitución en un sentido autoritario, para volver a la democracia tras el triunfo aliado en la guerra mundial. En realidad había varios caminos alternativos por los que España podría haber evitado la guerra civil y la dictadura de Franco. Hoy seríamos un país algo más rico y algo más culto, aunque quizá no muy distinto del que hoy somos, porque en 1977 retomamos el camino perdido en 1923 y en 1936 y hemos llegado a un modelo de Estado y de sociedad que representa, en palabras de Juliá, «lo contrario de lo que intentaron los vencedores de la Guerra Civil».

Lo que éstos intentaron lo resume Juliá en una afortunada fórmula con el título de uno de los ensayos incluidos en el libro: «Un fascismo bajo palio en uniforme militar». Se trata de una crítica a las tesis esbozadas por un intelectual italiano según las cuales «Franco no fue fascista», «salvó a España del comunismo» y «preparó la democracia». No necesita muchas páginas Juliá para desmontar estas tesis, disparatada la tercera, muy discutible la segunda y sólo parcialmente correcta la primera. El régimen construido por los vencedores de la Guerra Civil no fue estrictamente fascista, pero tomó muchos elementos del modelo fascista, que le suministró incluso una cierta modernidad, frente a los componentes más tradicionales aportados por las otras dos instituciones que, junto a Falange, sustentaban el régimen: el Ejército y la Iglesia. La ferocidad represiva del mismo no derivaba, por otra parte, de su componente fascista: la crueldad no era de importación.

Las tesis básicas del libro se desarrollan con cierta amplitud en el más extenso de los ensayos «La sociedad», publicado en el año 2000. La modernización del primer tercio del siglo, la «sociedad reprimida, regimentada, recatolizada y autárquica» de los años cuarenta y el desarrollo económico que cobra fuerza en los años sesenta, bajo la batuta de los ministros económicos vinculados al Opus Dei, son los tres grandes temas abordados en el mismo. Su tesis principal es que el desarrollo económico no conducía necesariamente a la democracia y que de ninguna manera era ese el designio oculto de los ministros del Opus Dei, como alguno de ellos ha pretendido después. «El tipo de sociedad -escribe Juliá- marca el límite de lo que se puede hacer en política, pero no determina nunca por sí mismo lo que en definitiva

se hace». Los ministros de los años sesenta esperaban que la paz, el orden y el aumento del nivel de vida satisficieran a unos españoles mayoritariamente despolitizados y conformistas y que el Régimen se perpetuara tras la muerte de Franco. La transición democrática fue el resultado de una movilización política que hizo inviable esa opción.

La última novedad en el debate de nuestro pasado es, sin embargo, la crítica de esa transición democrática que, al haber eludido la condena del franquismo y haber fomentado supuestamente la amnesia histórica, no había recuperado la genuina tradición democrática de los años treinta y habría generado una democracia de baja calidad. Es el debate sobre la memoria histórica, en el que el propio Santos Juliá ha desempeñado un importante papel, y que en este libro se aborda en dos ensayos, uno de ellos inédito: «Tres apuntes sobre memoria e historia». En él se tratan temas poco gratos a quienes pretenden buscar en la tradición nacida en los años treinta el «germen de la cultura democrática», como afirma la ley del Memorial Democrático aprobada por el parlamento catalán en 2007, «silenciando convenientemente -escribe Juliá- que ni la CNT, ni la FAI, ni el POUM, ni en períodos críticos los socialistas y los comunistas, e incluso la Generalitat, manifestaron hacia la República española ningún otro interés que no fuera verla desaparecer y que algunos tomaron las armas contra la República para conseguirlo». Esa ley catalana y buena parte de la literatura que va en esa misma dirección, responden al propósito de construir una memoria histórica apropiada de la que se marginan realidades históricas incómodas, como el hecho de que miles de víctimas del terror y la represión lo fueron en la zona republicana y que ello no fue siempre obra de incontrolados, recuerda Juliá, sino que «en algunos casos las 'sacas' de las cárceles ocurrieron de forma organizada y al mando de gentes uniformadas, por decisión adoptada en reuniones de comités dirigentes de partidos y sindicatos, con órdenes emitidas y firmadas por autoridades y poderes competentes».

En conclusión, estamos ante un libro que es bastante más que una recopilación de artículos monográficos ya publicados. Con las repeticiones y las lagunas inevitables en una obra de estas características, proporciona una sugerente interpretación del siglo XX que en mi opinión resulta imprescindible tomar en consideración, al margen de que se acepte

o no en su integridad. Su tesis central, si es que la he entendido bien, es que el modelo por el que los españoles optamos en la transición democrática no venía predeterminado por las características de la sociedad española en 1975, pero a su vez entroncaba con una tradición española mucho más antigua. De manera muy simplificada, se podría decir que en 1977 cogimos un tren que habíamos visto venir en 1923 y en el que habíamos subido en 1931, pero que en ambos casos había descarrilado. La gran ruptura se produjo en 1936 y su resultado fue un régimen que pretendió anular siglo y medio de historia española mediante la represión de quienes la encarnaban. Una cuestión clave es por tanto la de explicar por qué la experiencia democrática de 1931 concluyó en una guerra civil que sólo una tergiversación histórica podría presentar como un enfrentamiento entre fascismo y democracia. En mi opinión, parte de la respuesta estriba en que en los años treinta muchos españoles pretendían tomar otros trenes que en la Europa de entonces parecían incluso más modernos, el de la revolución social en sus diferentes variantes o el del Estado autoritario en sus distintos modelos. No es una cuestión que Juliá aborde de manera suficiente en *Hoy no es ayer*, pero no la elude en el ensayo final, en el que recuerda que ni los socialistas de 1934, que expresaban su deseo de que la República se muriera, ni los poumistas que en 1936 llamaban al exterminio de los curas y la destrucción de las iglesias, ni los comunistas que en 1937 encubrían con mentiras el asesinato del poumista Nin, defendían la democracia republicana. En cuanto a las columnas anarquistas que sembraron el terror en Cataluña, sus miembros «soltarían hoy una siniestra carcajada si alguien les viniera con la memoria en clave democrática de que estaban defendiendo la República».

Juan Avilés

MANUEL BUENO LLUCH y SERGIO GÁLVEZ BIESCA (eds.)

Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social

Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas / Atrapasueños, 2009, 460 pp.

ISBN: 978-84-87098-52-9

Desde hace varios años, la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas viene realizando una meritoria labor con el objetivo de promover la investigación, el debate y el conocimiento